



EL «TEMPO» MARIANO

La presión sobre Rajoy es un pulso preventivo de poder, un tanteo de fuerzas para probar su control de los tiempos

EN la premura frenética de la llamada «democracia twittera», donde la opinión pública se ha vuelto compulsiva, impetuosa, espasmódica, el concepto de los tiempos de Mariano Rajoy desencaja como una rareza arqueológica. El presidente electo tiene una impronta parsimoniosa, un estilo inmutable y tranquilón que promete epidemias de desasosiego colectivo. Cuando estaba de moda encontrarle defectos ese talante impasible era desesperante pachorra o atezado quietismo; ahora que sus antiguos detractores se han vuelto turbomarianistas sólo ven en él flema británica, sobria medida, temple de estadista. Lo que ha cambiado no es el personaje, que guarda escrupulosa fidelidad a sí mismo, sino las percepciones ajenas que lo envuelven en el arrollador perfume de la victoria.

Su sentido bíblico de la paciencia está sometido a prueba en estas horas inciertas que transcurren en ese limbo transitorio entre el triunfo y el poder. Los mercados le están tomando medidas y los *lobbys* han comenzado a meterle presión preventiva; quieren verle las intenciones, sacarlo al centro de la arena a torear de salón antes de que comience la lidia. En la sociedad de la premura nadie tolera plazos ni esperas: lo apremian a ejercer sin que haya recibido una sola facultad de mando. Pero este tío, como dijo una vez Carlos Herrera, aguanta más que la sábana de abajo. No está dispuesto a hacer de bonzo en una hoguera que él no haya encendido. No va a radiar sus planes ni prepublicar su discurso de investidura; menos aún piensa achicharrar a sus futuros ministros proclamándolos con un mes de antelación para exponerlos en el desolladero sin que puedan tomar decisiones. Lleva tres días metido en el búnker y está dispuesto a resistir como un vietnamita bajo los bombardeos.

En una cosa lleva toda la razón: la democracia es un régimen de opinión pero su mecanismo no está determinado por las redes sociales ni por los círculos financieros sino por las instituciones y las leyes, y éstas lo tienen maniatado. En España hay un Gobierno en funciones, un proceso reglado de traspaso de competencias y unos tribunales que están examinando recursos de ciudadanos que consideran que su voto no fue bien computado. Quizá esa burocracia sea más lenta de lo conveniente, pero en cualquier caso se trata de una forma de soberanía que ha de ser respetada mientras no se cambie. Por eso este artificial conflicto de plazos se ha convertido en una vara de medir, dentro y fuera, la independencia del vencedor de las elecciones y su permeabilidad al entorno.

En algún momento previo a las elecciones quizá Rajoy haya acariciado la idea de adelantar un boceto de su acción inmediata pero le están apretando tanto que ha decidido replegarse. A los políticos les obsesiona el control de los tiempos porque consideran que es el núcleo de poder: no se trata tanto del qué sino del cuándo. Lo que está ocurriendo es un pulso de influencia, un tanteo de fuerzas, y si lo pierde irá a rastras todo el mandato.